

TAYLOR  
CALDWELL

El gran León  
de Dios

UNA NOVELA SOBRE PAULO DE TARSO,  
EL APÓSTOL SAN PABLO

*Traducción:*  
AMPARO GARCÍA BURGOS

EMBOLSILLO

*Al juez Edward L.  
y a Janet L. Robinson  
con afecto*

# Primera parte

«Pues él fue un verdadero león,  
un león rojo, el gran león de Dios.»

SAN AGUSTÍN

# 1

–Es MUY FEO –dijo su madre–. Mis hermanos son todos guapos, y mi madre era famosa por su belleza, y yo misma no soy mal parecida. ¿Cómo es posible que haya dado a luz un niño tan repulsivo?

–Da gracias de que tengamos un hijo varón –le advirtió su marido–. ¿Acaso no tuviste solo dos niñas muertas antes de este? Ahora tenemos un hijo.

–Hablas como judío –dijo la madre, con un ligero gesto de su blanca y delicada mano–. Pero también somos ciudadanos romanos, y hablamos en griego, y no en el bárbaro arameo.

Contempló al niño, en la cuna, con creciente melancolía y algo de aversión, ya que tenía pretensiones helénicas e incluso había escrito algunos poemas en pentámetros griegos. Los amigos de su padre hablaban de su buen gusto, mencionando a Safo, y su padre se había sentido altamente satisfecho.

–Sin embargo seguimos siendo judíos –dijo Hilel ben Boruch.

Se acarició la rubia barba y miró de nuevo al niño. Un hijo es un hijo, aunque no sea hermoso. Además, ¿qué es la belleza a los ojos de Dios, bendito sea Su nombre, al menos la belleza física? Había controversia, especialmente en aquellos días, sobre si el hombre poseía alma o no, pero ¿no había habido siempre controversia, incluso

entre los devotos? La función del hombre era glorificar a Dios, y que poseyera alma o no, no tenía importancia. Hilel confió en que el hijo recién nacido tuviera un alma encantadora, pues ciertamente su aspecto no hacía estallar de gozo a las nodrizas. Pero, ¿qué es el cuerpo? Polvo, estiércol, orín, sarna. La luz interior era lo fundamental.

Débora suspiró. Sus exquisitos cabellos, castaño rojizos, estaban solo en parte cubiertos por el velo, que era de una seda ligera y transparente. Sus grandes ojos azules, tan vívidos como el cielo de Grecia, tenían una expresión a la vez de inocencia, descontento e inquietud, semiocultos por sus rojizas y espesas pestañas. Todo el mundo, excepto su marido, la consideraba muy culta, y una matrona impresionante. Hilel ben Boruch era un hombre afortunado, decían sus amigos, pues Débora era famosa por su gracia, su encantadora sonrisa, ciencia y estilo, había sido educada por profesores particulares en Jerusalén, y era la preferida de su padre. Alta, de delicioso busto, con las manos y pies de una estatua griega, tenía diecinueve años y sus trajes se adaptaban graciosamente a su figura, como agradecidos de tan maravillosa oportunidad. Tenía el rostro ovalado, su cutis era como el mármol y la boca una rosa, la barbilla firme y hendida por un hoyuelo y la nariz suavemente formada. La estola, dispuesta a la moda romana, era azul, con bordados en oro, y sus pies calzaban sandalias de piel dorada. Parecía transportar con ella una verdadera aura de belleza. Un joven romano de noble familia, y de una casa rica, había solicitado su mano, y ella le había deseado también. Pero intervinieron las eternas supersticiones y prejuicios, y por eso se había casado con Hilel ben Boruch, joven famoso por su piedad y sabiduría, y de una casa antigua y honorable.

—Saulo —dijo Hilel, de pronto.

–¡Cómo! –gritó Débora–. ¡Saulo! No es un nombre distinguido para nuestros amigos.

–Saulo –repitió Hilel–. Él es un león de Dios.

Débora meditó, fruncidas las rojizas cejas. Apresuradamente se relajó, ya que el ceño fruncido producía arrugas que ni siquiera la miel y la leche de almendras podían aliviar. Era una dama, y las damas no disputan con los maridos.

–Pablo –dijo ella–. Seguramente no puede haber objeción, esposo. Pablo es la traducción romana.

–Saulo ben Hilel –dijo el padre–. Saulo de Tarsich.

–Pablo de Tarso –dijo Débora–. Solo los bárbaros llaman Tarsich a Tarso.

Hilel sonrió, y su sonrisa era tan gentil que avivó la ternura de su esposa.

–Es lo mismo –dijo.

Pensaba que Débora era encantadora, y algo estúpida. Pero, lamentablemente, eso se debía sin duda a haber nacido de padres saduceos, tan ignorantes de los asuntos que agradaban a Dios; y complacer a Dios era la razón para la que el hombre nace y vive. No había nada más. A menudo se compadecía de los saduceos, cuyas vidas estaban tan firmemente fijadas en un mundo secular que no aceptaban nada que no pudiera demostrarse con los cinco sentidos, y que confundían el simple estudio con la inteligencia y la charla sofisticada con la sabiduría.

–¿En qué piensas? –preguntó Débora con cierta suspicacia, pues no le gustaba la expresión de su marido cuando hablaba consigo mismo. La ponía inquieta y demasiado consciente de su juventud, en comparación con los treinta años de él.

–Soy fariseo –respondió Hilel–, y nosotros creemos en la reencarnación. Así que estaba meditando en la anterior

existencia de nuestro hijo, de dónde habrá venido y por qué está aquí ahora, con nosotros.

Débora alzó las cejas despectivamente:

–Esas son tonterías –dijo–. Él es carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos, y espíritu de nuestros espíritus, y no hubo nadie como él antes, ni habrá jamás otro como él.

–Cierto –aprobó Hilel–. Dios nunca se repite, ni siquiera en una hojita de hierba. Todas las almas son únicas desde el principio, pero eso no niega que, si son eternas como aseguramos, su vida debe ser eterna también, pasando de carne a carne, según la voluntad de Dios. La adquisición de conocimientos no termina nunca. Su imperativo no acaba en la tumba.

Débora bostezó. Mañana debía ir al Templo para la presentación de su hijo, y el pensamiento la molestaba. Cierto que los saduceos obedecían también la antigua ley, pero se reían de ella en secreto, aunque la honraran como tradición. ¿Cómo podría explicar la ceremonia a sus amigos griegos y romanos de Tarso? Les parecería acaso divertido.

Hilel sabía por qué le habían concedido la mano de Débora. Los saduceos tal vez no creyeran en la vida eterna, ni siquiera en Dios, y eran puramente mundanos, pero insistían con frecuencia en que sus hijas se casaran con hombres devotos, como los banqueros que invierten su dinero prudentemente en lo que consideran que puede resultar, al fin, una buena inversión. O bien entregaban sus hijas a un Dios en el que no creían pero que tal vez existiera, y del que se decía que era terrible.

Hilel tenía ojos castaños, grandes y brillantes, y un rostro pálido y ascético de nariz prominente, como los hititas, barba y cejas rubias, y una frente arqueada de la que se alzaba la espesa mata dorada de su pelo, en parte cubierta

ahora con el gorro que exasperaba a Débora. Tenía hombros anchos, fuertes manos y firmes piernas, pero no era tan alto como su esposa. También esto la disgustaba. ¿Acaso no se había dirigido a ella en una ocasión un noble griego con estas palabras de Homero: «Hija de los dioses, divinamente alta, divinamente rubia»? Hilel llevaba también aquellos estúpidos rizos delante de las orejas, e invariablemente –o así se lo parecía a ella– el chal de la plegaria, pues constantemente estaba rezando. Las ceremonias de la fe judaica le eran profundamente desconcertantes y totalmente desconocidas. Los tiempos cambiaban, el mundo progresaba, las verdades de ayer eran la risa de hoy. Dios era una hipótesis arcaica, intercambiable con los dioses de Grecia y Roma, con cierto sabor de Babilonia y Egipto. Débora había nacido en una casa serena y alegre en Jerusalén, una casa cosmopolita. Lamentó dejarla por esta, donde los fariseos se movían y debatían gravemente y la miraban casi con desaprobación.

Un pavo real chilló furioso en el exterior, celoso de los cisnes negros del estanque del jardín, a los que sabía muy admirados. Hilel dio un respingo; tenía un oído muy sensible. Y dijo, ausente su prudencia:

–Esa criatura chilla como una mujer de mal genio. Ha despertado al niño.

Débora sintió enojo hacia su marido por esta observación, que denigraba a su sexo. Alzó la cabeza con altivez y dijo:

–Entonces te libraré también de mi presencia, para que no tengas que pensar en las mujeres.

–Débora... –empezó Hilel, pero ella podía moverse con la rapidez de una niña y se había ido en un instante, cortando la luz y sombras de las columnas que guardaban el pórtico exterior. Hilel suspiró y sonrió. Siempre estaba

ofendiendo a Débora, que era una niña adorable (jamás podía pensar en ella como mujer adulta). Ella había admirado un collar de hermosos ópalos que viera en la joyería, aunque el precio la obligara a meditar prudentemente. ¿Qué hacer? Dos barcos de rico cargamento habían conseguido llegar de Cilicia a Roma sin encontrar a los entusiastas y ubicuos piratas cilicios –no totalmente destruidos por Julio César y sus sucesores– y Hilel había invertido bastante en aquellos navíos y su cargamento, consiguiendo un buen beneficio. Por tanto, Débora tendría sus hermosos ópalos.

El pavo real chilló de nuevo, y el niño se quejó otra vez, en su cuna de ébano y marfil. La habitación estaba perfumada por los cercanos jazmines en flor, aunque el sol todavía no se había puesto y su luz rojiza se reflejaba en las blancas paredes de mármol y el suelo, de mármol también, blanco y negro. La sombra de una palmera se alargó sobre la pared más cercana al niño, y este volvió rápidamente la cabeza para mirarla, lo que dejó maravillado a Hilel. ¡Un niño tan pequeño, recién nacido, y ya veía! Dicen que los niños no ven más que luz y sombras hasta los dos meses, pero con seguridad que este niño no solo veía sino que comprendía. Hilel no podía sentirse más orgulloso cuando se inclinó sobre la cuna y habló a su hijo:

–Saulo –dijo, con su voz más suave–. ¡Saulo!

El niño no había sido bautizado aún en el Templo, pero un hombre llevaba el nombre de su hijo en su corazón antes de eso. Hilel y el niño estaban solos en la amplia y brillante habitación. El rostro y la barba rubia del padre brillaban como si la luz de su propio espíritu los iluminara. Sintió un amor apasionado, e inmediatamente murmuró una plegaria, pues sobre todo uno debe amar a Dios con todo su corazón y mente y alma, y ese amor debe sobrepasar a cualquier amor humano. Confió por un instante en no

haber ofendido a Dios omnipresente ni incurrido en su ira, que podía caer sobre el inocente niño en su cuna.

El pequeño volvió de nuevo la cabeza rápidamente y miró a su padre, que se inclinaba sobre él. Como dijera Débora, no era hermoso, era casi feo. Más pequeño que un bebé normal, incluso para su escaso tiempo de vida, sin embargo tenía un cuerpo ancho y firme, desnudo excepto por el paño que le rodeaba las caderas, y ese cuerpo no era blanco como el de sus padres, sino ligeramente cobrizo, como si hubiera sido expuesto al sol. Las niñeras habían recordado a Hércules, cosa que agradó a Débora, pero Hilel pensaba en David, el rey guerrero. Los músculos del pequeño eran fuertes y visibles bajo la piel un poco sudorosa, como diminutas placas de armadura, y sus brazos eran los de un soldado. Las piernas, también fuertes, estaban un poco arqueadas, como las del que ha cabalgado desde la infancia. Movía los deditos de los pies vigorosamente y con una especie de ritmo, y lo mismo hacía con los de las manos. Parecía moverlos con cierto propósito, pensó Hilel.

Tenía la cabeza redonda, viril y firme, pero demasiado grande para el cuerpo, y grandes orejas muy encarnadas. Desgraciadamente, su pelo, espeso y grueso, era más rojo aún. No tenía un tono bonito, como el pelo de Débora. Era esa clase de rojo audaz que generalmente despertaba la desconfianza entre los judíos supersticiosos. Además, crecía hasta muy abajo de su frente, y esto le daba el aspecto batallador de un irritable romano.

El efecto de aquella irritabilidad aumentaba con sus peculiares ojos. Eran redondos, enormes y dominadores, bajo las cejas rojas que casi se juntaban sobre una nariz más sobresaliente aún que la de Hilel. (Por lo menos, pensó este, no es una nariz chata, como la de un campesino.) Pero la notable impresión que causaban los ojos se

basaba principalmente en su color, de un curioso azul metálico, como el brillo de una daga pulida, un azul concentrado e intenso, que no conseguían apagar sus rubias y largas pestañas. Había fuerza y decisión en aquellos ojos, nada infantiles, nada inocentes, sino sabios y firmes. Hilel, aunque fariseo, no creía del todo en la reencarnación de las almas, pero ahora meditó en ello. Los ojos de Saulo no eran los de un niño. Su mirada se cruzaba con la de su padre, con sagacidad y reconocimiento:

–¿Quién eres tú, hijo mío? –susurró inquieto–. ¿De dónde viniste? ¿Cuál es tu destino?

Gaia, la pequeña niñera griega, entró animadamente en la habitación, con sus sandalias repicando sobre las losas. Apenas era más que una niña, pero muy competente, de cabello castaño, ojos claros y rostro alegre. Llevaba una túnica larga y fina de tela rosa, atada con lazos azules a la cintura. Se inclinó ante Hilel, que alzó automáticamente la mano en gesto de bendición, aunque ella fuera pagana, y la saludó afablemente.

–La nodriza espera al niño, amo –dijo ella.

Hilel había imaginado a Débora dando de mamar a su hijo, pero esta había decidido que no lo haría. Ninguna dama griega o romana daba ya el pecho a su hijo, ni tampoco las ilustradas damas judías que tenían deberes y responsabilidades aparte de las simples exigencias del cuerpo. Hilel se había sentido muy desilusionado. En su opinión, observar a una madre dando de mamar a su hijo era lo más hermoso del mundo. Su propia madre lo había hecho, y él recordaba el calor y ternura de la habitación de los niños, y sus cantos, y la luz de la tarde sobre el cabello de su madre, y la cálida frescura de su cuerpo. No se había opuesto a Débora, que ahora estaría ilustrando su mente en la biblioteca, pues era un hombre demasiado

amable y gentil. Lo sabía y lo deploraba. Los viejos patriarcas habían sido temidos por sus esposas e hijas, en el pasado, pero ¡ay! Hilel no era un patriarca.

Así que, sin una palabra, observó cómo la pequeña Gaia tomaba al niño en brazos y la oyó hablar del pañal que, al parecer, la otra niñera había descuidado, y después de envolverlo en la pequeña sábana salió de la habitación. Cuando la muchacha llegaba a la puerta, el niño lanzó de pronto un extraño y fuerte grito, no un chillido infantil, ni un sollozo, sino un grito de humillación y disgusto. Como si tratase de decir con esa exclamación: «¡Detesto mi presente estado y debilidad, y no los soportaré por mucho tiempo!»

«Estoy tonto, como corresponde a un padre novato», pensó Hilel, y, atravesando el pórtico exterior, bajó al jardín. Ya era la hora de la plegaria de la tarde, en el cálido y perfumado jardín silencioso. Como judío piadoso sabía que las plegarias debían recitarse en una sinagoga, pero él y Débora vivían en la casa que el padre de ella comprara en uno de los suburbios más alejados de Tarso. No había sinagoga a menos de una hora de distancia, y Hilel se hallaba además recuperándose de unas fiebres que le dejaron algo débiles sus fuertes piernas, y el corazón le palpitaba locamente con cualquier esfuerzo. No era buen jinete, le disgustaban las afeminadas literas y, aunque poseía un buen carruaje y un carro ligero, tampoco le agradaban. El hombre está hecho para caminar. No hubiera rechazado en cambio un humilde asno, pero eso habría molestado a Débora, y Hilel era hombre de paz. Los hombres podían hablar de los severos patriarcas, pero como maridos no eran tan valientes.

Miró lo que le rodeaba en el luminoso y sereno atardecer. Su casa, en las afueras de Tarso, estaba en constante silencio, tranquila, aunque los esclavos y sirvientes trabajaran, rieran o cantaran... pues era una casa feliz. Hasta los gritos

discordantes de los pavos reales, los cisnes y aves, sonaban musicalmente aquí, como parte del fondo susurrante de palmeras y limoneros, sicomoros y arbustos fragantes, y una amable bonanza prevalecía incluso durante las calurosas tormentas de verano. La casa y sus extensos terrenos parecían protegidos, según observaban sus amigos griegos y romanos que, bromeando, aseguraban que Hilel disfrutaba de la guardia amorosa de deidades y ninfas. Ciertamente, la casa se alzaba en una sección baja de tierra, regada por arroyos y corrientes aun durante la estación más seca del año, y en el fértil y lujurioso valle de Issus, esa vasta área de Cilicia que acababa de ser unida a Siria y Fenicia por Julio César.

La propiedad se extendía en torno a la casa, luciendo todos los tonos de verde, cubierta por los árboles de oscuro matiz esmeralda, frescos refugios durante los días más calurosos, pues lanzaban su sombra sobre la espesa hierba y los macizos de flores y pequeños senderos de grava. Las fuentes, brillantes como el ámbar a la luz del sol, dejaban caer las aguas luminosas que surgían de manos de mármol o de cuernos de la abundancia, o incluso de bocas de bestias exóticas. Por guardar los Mandamientos, Hilel hubiera hecho quitar todas las «imágenes» de fuentes y terrenos –imágenes erigidas por el antiguo propietario romano–, pero Débora consiguió disuadirlo, a fuerza de lágrimas y protestas, y se mostró tan agitada que su marido, siempre por darle gusto, cedió. Pero insistía en no mirar las graciosas estatuas de grutas y fuentes, aunque a veces su vista, naturalmente perceptiva y apreciativa, se escapaba hacia ellas. Cuando sus amigos más rígidamente religiosos se lo reprochaban, reía y cambiaba de conversación. Aunque parezca extraño en un hombre tan amable, podía infundir a su voz un tono de tranquila autoridad y carácter, que silenciaba incluso a los más

coléricos o rebeldes, y sus ojos castaños sabían brillar con firme frialdad. Enfrentado con ello, su contrincante jamás se atrevía de nuevo a discutir o a criticar a su anfitrión o amo, sino que ya para siempre le tenía no solo respeto sino también algo de temor.

Un gran estanque natural se extendía en el mismo centro de la propiedad, azul y púrpura bajo el sol, y un escudo de plata bajo la luna. Allí nadaban los arrogantes cisnes negros y blancos, y los curiosos patos de colores de China, que parecían hechos de madera pintada, y que en ocasiones discutían a los cisnes el señorío del estanque. Durante los períodos migratorios, las cigüeñas de patas rojas que volaban a África se detenían a menudo en el estanque para devorar los peces, muy abundantes en él, o las ruidosas ranas o las nubes de insectos. Los pavos reales bebían allí, en perpetua riña con los cisnes, y lo mismo hacían los pequeños animales de la tierra. Alimentado por claros manantiales el estanque permanecía siempre limpio y puro, con sus paredes de roca en las que crecían con salvaje abandono flores doradas y rojas e incluso helechos. A veces los esclavos nadaban allí en las tardes calurosas, con gran indignación de sus habitantes, cogiendo peces iridiscentes con sus juveniles manos, para soltarlos después entre risas. El antiguo propietario, que viviera en Oriente, había erigido un puente muy complejo y adornado sobre la parte más estrecha del estanque –que tenía forma de pera–, lo que daba un toque exótico a un marco por otro lado tan formal. Esculpidos dragones, serpientes y viñas, se entrelazaban en las barandillas del puente; los animales tenían ojos de plata o lapislázuli, y las diminutas uvas estaban delicadamente hechas de jade o de piedra amarilla. Los esclavos más jóvenes se apoyaban con frecuencia en el arco del puente para examinarlo maravillados, descubriendo cada vez nuevas

filigranas del arte de su creador, fascinados ante los adornos e incrustaciones de marfil.

Había pequeños refugios para descansar bajo los espesos árboles, con toldos rayados en azul, rojo o verde, y Hilel se sentaba en uno de ellos a meditar cuando la conciencia le reprochaba tanta admiración por la belleza. Débora también solía reunirse allí con sus amigas, para tomar vino con especias, pastelillos y fruta. Cuando Hilel oía sus voces, altas y chillonas, solía huir, aunque Débora le reprochaba más tarde su descortesía y le hablaba de los deberes de un anfitrión.

La propiedad le había costado una considerable fortuna al padre de Débora, que no dejaba de recordárselo a Hilel, y la había llenado de esclavos y sirvientes e incluso enviado a uno de sus mejores cocineros para que sirviera a su hija. «Hay que recordar que ella, la única niña entre mis hijos, está acostumbrada a los refinamientos, y no toleraría privaciones.» Esto iba acompañado de una dura mirada, a pesar de la afectuosa sonrisa, y el suegro quedaba convencido de haber molestado a Hilel. Pero este, tan amante del compromiso, sonreía interiormente.

Por eso, en aquel atardecer, de pie en los jardines en flor, unió sus manos y murmuró en alta voz: «¡Oye, oh, Israel! Fuera de Ti nada existe.»

Meditó cuidadosamente estas últimas palabras. El universo estaba lleno de la grandeza de Dios. La más lejana estrella estaba llena de Su gloria. Los mundos –tan numerosos como las arenas del mar– cantaban Sus alabanzas. La más pequeña flor salvaje aferrada a las rocas del estanque, con su color y vitalidad, anunciaba Su poder sobre los pequeños y humildes, así como sobre los poderosos, y Su vida invencible, Su omnipresencia. Sus altares no estaban solo en el Templo y las sinagogas, sino en cada trozo de tierra, en los troncos de los árboles, en las frondas de las palmeras y en el arco

iris de las alas de aves e insectos. Su voz estaba en el trueno, el brillo de Su ojo vigilante en el rayo, el movimiento de Sus vestiduras en el viento. Su aliento movía los árboles e inclinaba la hierba. Sus pasos revelaban las piedras y montañas. Suya era la fría sombra, el grito de los seres inocentes, la niebla que se levantaba al atardecer, el aroma de las flores, el perfume de la fresca tierra y del agua. «Fuera de Ti nada existe.» Nada existía sino Dios.

El corazón de Hilel se llenó de apasionada exaltación. Todo exultaba en Dios y Le reconocía..., excepto el hombre. Todo obedecía implícitamente Su menor orden..., excepto el hombre. Todo vivía en belleza..., excepto el hombre. Todo se inclinaba ante Él, existiendo solo en Él..., excepto el hombre. El hombre era el proscrito, el rebelde, la imagen distorsionada que asolaba la tierra, la voz que silenciaba la música del Edén, la mano que se alzaba con obscenidades y blasfemias. El hombre era el paria, el leproso moral en este traslúcido espejo del cielo. El que ensuciaba las aguas de cristal, el que despojaba los bosques, asesinaba a los inocentes y desafiaba a Dios. Era el asesino de santos y profetas, pues estos hablaban de lo que él no quería oír en la oscuridad de su espíritu.

Hilel prefería pensar bien de los hombres, ser compasivo, y a menudo reflexionaba en las penas y dificultades de la humanidad, pero no podía convencerse siempre de que el hombre mereciera vivir. Cuando se hallaba en esta tristeza crepuscular, como esta tarde –lo cual era en sí un misterio–, recordaba las profecías referentes al Mesías y citaba las palabras de Isaías: «Él librará a su pueblo de sus pecados.»

Los pocos saduceos que conocía Hilel, y que recibía en su casa, se reían de él cuando confesaba –después de unas copas de vino– que él «sentía» que algo divino había ocurrido ya en el mundo, que se había verificado un poderoso suceso

que cambiaría la faz de la historia y revitalizaría al hombre con la Voz de Dios. «Eso es fruto de tu reclusión voluntaria –le decían con cariño–. Este mundo es de roca y materia, y del poder de Roma, y es realidad, y solo los locos niegan la realidad. Abandona las estrellas, amigo mío, y la Cábala, y las profecías de antiguos profetas que olían a estiércol y a túnicas de pelo de cabra, y a sudor. Vivían en épocas más simples. Hoy el mundo es complejo, y civilizado, y lleno de grandes ciudades, de comercio, de artes y ciencias. El hombre ya es mayor de edad. Es un ser complicado, ciudadano del mundo romano, al menos por existencia, si no por derecho. Conoce todo lo que hay que conocer. Ya no es presa de fantasías, esperanzas y engaños. Sabe lo que son las estrellas. Sabe lo que es la materia. Conoce su lugar en el universo. Ya no es supersticioso, o lo es solo de un modo trivial, como los romanos. Ya no siente terror ante los fenómenos naturales; ahora los comprende. Tiene sus escuelas y sabios maestros. Pocas doncellas judías quedan, hoy en día, que sueñen con concebir al Mesías, pues saben que no habrá tal Mesías, que esa ilusión fue tan solo el anhelo de los antiguos e inocentes ancianos. Aún honramos la sabiduría infantil de aquellos hombres, y la hallamos notable, considerando que no tenían acceso a nuestras bibliotecas y escuelas. Pero era la sabiduría de hombres ingenuos, que no conocían las ciudades y el mundo de hoy.»

«Una virgen dará a luz...» Pero nadie hablaba de eso en estos días, excepto algunos fariseos entre los amigos de Hilel, e incluso ellos lo mencionaban como un suceso oculto en el tiempo, y posiblemente no más que una esperanza mística. Hilel se sentía solo. De noche meditaba con frecuencia en su peculiar seguridad de que algo había ocurrido ya en la faz del mundo, y que la creación entera parecía retener el aliento.

En una ocasión dijo a un amigo, a quien honraba en Tarso, un viejo judío doblado por los años pero con la mente de un joven:

–He tenido noticias de una prima mía de Jerusalén, casada, y no lamento decirlo, con un centurión romano. Un buen hombre, que adora a mi prima y la trata muy bien, lo cual, en opinión de algunos, lo hace menos hombre, aunque yo nunca he creído que fuera prueba de virilidad despreciar a las mujeres. En muchos aspectos él posee gran ingenio y, en contra de la creencia popular de que todos los romanos son monstruos, es muy amable y de buen humor.

Hablaba con timidez, mientras su huésped fruncía las cejas ante esa opinión, indudablemente exagerada, acerca de los romanos, conquistadores de la Tierra Santa de Dios.

–También él es supersticioso –continuó Hilel–. Llevaba casado seis años con Ana, pero Dios no había querido bendecirlos con un hijo, aunque tienen ya cuatro hermosas niñas. Ana sufría por ello, aunque Aulo parecía felizmente resignado. Sin embargo, hace cuatro años, después del solsticio de invierno, cuando los romanos celebraban sus alegres saturnales incluso en Jerusalén, aunque ahora han sido restringidas por orden de César Augusto, que es un hombre sensato, Ana dio a luz a un hijo. Aulo estaba acompañando a algunos hombres en una torre de vigilancia en las alturas de Jerusalén, pues tenían guardia aquella noche y no podían unirse a las últimas festividades, que él me aseguró son las más... agradables de todas. Era una fría noche, y Aulo miraba en dirección a Belén, lugar de nacimiento del rey David, y todas las estrellas brillaban esplendorosas.

Hilel miró con gesto de disculpa a su viejo visitante, que aceptó más vino de un esclavo, con señales de aburrimiento; incluso bostezó.

–Llegó un mensajero para comunicarle el nacimiento de su primer hijo, e inmediatamente Aulo sirvió vino a sus compañeros, y declaró que también tendrían fiesta en la torre. Estaba bebiendo el tercer vaso de vino cuando miró de nuevo por casualidad hacia Belén, y entonces vio algo asombroso.

–Estaría borracho –dijo el viejo–. Conozco a esos romanos. Siempre están borrachos.

Hilel se sintió algo molesto por el comentario.

–¿No fue David el que dijo: «Aceite para que brille el semblante y vino para alegrar el corazón del hombre»? Los consideraba excelentes dones de Dios, que no había que rechazar. Aulo es prudente. Solo le he visto borracho cinco veces.

El otro gruñó:

–Los Santos Libros condenan la borrachera. Está el caso de Noé. ¿Qué sabe tu amigo de Noé?

–Yo no hablaba de Noé. Aulo miró al estrellado cielo sobre Belén y sus colinas, y vio algo notable. Entre las estrellas, había una jamás vista por el hombre, brillante, enorme, como una luna llena e inquieta, girando y ardiendo con fuego blanco, y moviéndose, como si obedeciera a un propósito.

–Ese Aulo estaba realmente borracho, o bien observó lo que los astrólogos llaman una nova..., una nueva estrella. No es un fenómeno extraordinario.

–Las estrellas no se destruyen a sí mismas en un estallido de llamas, y en un instante –dijo Hilel, ligeramente enrojadas las mejillas al ver cómo se rechazaba su excitante historia–. Si aparece una nova, al menos es visible en noches sucesivas y durante considerable tiempo. Es cierto que la estrella duró varios días y luego desapareció, pero no apagándose lentamente. Terminó de pronto, como si su

misión estuviera ya cumplida. Querido amigo, cesó en su movimiento aquella primera noche y quedó suspendida, como una poderosa luminaria de grandes estrellas, sobre cierto lugar, fija, inmóvil, inalterable, hasta que desapareció tan rápidamente como había aparecido. La luz era tan poderosa e intensa que bajo ella las sombras eran tan claras como las de la luna llena sobre la tierra, y despertó gran temor en todo el distrito. Aulo estaba convencido de que un gran héroe había nacido –siguió Hilel–. Un gran guerrero, aunque dudaba que hubiera ocurrido en Belén, pobre ciudad. Ana, al contárselo su marido, declaró que anunciaba el nacimiento de su hijo.

–Debieron nacer muchos niños aquella noche en Jerusalén y Belén –dijo su amigo–. ¿Cuál es el profeta o el héroe?

Hilel miró sus manos cruzadas, que descansaban en el blanco lino del mantel.

–No lo sé –murmuró–. Pero, cuando recibí la carta de Ana, un júbilo misterioso se apoderó de mí, una gran exaltación, y eso es lo que no comprendo. Fue como si un ángel me hubiera tocado.

El otro agitó la cabeza:

–He sabido por tu padre y tu abuelo, Hilel ben Boruch, que siempre fuiste un muchacho místico.

Hilel se enfureció al verle rechazar de aquel modo su relato, y cambió de conversación. Se había sentido totalmente en ridículo, y nunca volvió a mencionar aquella historia a nadie.

Pero había sido profetizado, hacía siglos, que el Mesías de la Casa de David nacería en Belén. Sin embargo, si era así, ¿por qué no había habido ángeles cantando, ni trompetas en los cielos, al aparecer aquella estrella, y por qué no se había unido el mundo entero en indecible gozo?

Seguramente el Mesías no habría de nacer en la oscuridad, pues Su trono era la santa Sion, como anunciaran los profetas, y el Rey de Reyes no nacería como el menor de los hombres. Por otra parte habían transcurrido ya varios años y no había habido más signos.

Ahora, cuando se puso de pie en su jardín, oyó un repentino grito y se asustó. El grito rompió el suave silencio como una orden seca, brusca y autoritaria. Pasaron unos instantes antes de que comprendiera que era la voz de su hijo, que pasaba en brazos de una niñera bajo la columna. Aquello le dejó agitado. La voz del niño le había recordado a su propio padre, imperioso, inflexible y firme, incluso didáctico, que no aceptaba dudas y desdeñaba las vacilaciones. Era absurdo, pensó al restablecerse el silencio. Un simple chillido infantil... y el formidable viejo que gobernara la casa con el simple poder de su terrible voz. Por un momento Hilel consideró la idea de que su padre se hubiera reencarnado en el niño Saulo, y luego se echó a reír. ¡Qué delicioso sería dar una azotaina a un alma que aterrizara a esposa e hijos en su vida anterior! Quizás, en cierta medida, sería justicia.

Enseguida escuchó a Débora charlando con sus amigas griegas y romanas, y su voz era viva y alegre, la voz de una niña feliz y complaciente. Agitó la cabeza levemente, como reprochando, pero en cierto modo aquel sonido trivial y ligero le consoló, aunque no sabía por qué.

–Te aseguré, Débora –decía una joven matrona romana a su anfitriona, en la calma del brillante atardecer–, que la medalla de Delfos te haría concebir un hijo.

–La llevé junto al corazón –repuso Débora. Vaciló–: Sin embargo, ¡podía haber sido más bello!

## 2

HILEL BEN BORUCH tenía esa noche unos amigos a cenar, entre ellos el viejo rabino y grave fariseo Isaac ben Ezequiel, y su cuñado, hermano de Débora, el elegante aristócrata de Jerusalén, David ben Chebua. A un extremo de la larga mesa, cubierta de damasco, se sentaba Débora, la mujer moderna que no aceptaba ser confinada en las habitaciones de las mujeres, a pesar de la abierta desaprobación del rabino Isaac –a quien ella juzgaba un viejo aburrido y bastante sucio–, el griego Aristo, joven tutor de Saulo, y este, ahora ya de cinco años. Débora sabía que su presencia, la del pagado griego e incluso la del niño, eran deploradas por el viejo rabino, pero eso mismo le producía una sensación infantil de malicia y diversión.

Caía el sol, y las terribles e impresionantes montañas rojas se recortaban sobre el cielo, más allá de las abiertas puertas y ventanales del comedor; chillaban los pavos reales y el aire estaba cargado de aromas de flores, del polvo y de las piedras calientes. Débora escuchaba el susurro de las fuentes, el murmullo de las ramas de los árboles. Podía ver el verdor de la hierba, las torres oscuras de los cipreses y los capullos púrpura de los mirtos. Se sentía orgullosa y contenta. Quizá su casa no fuera la más grande del vecindario, o la más espléndida, pero sí una obra de arte y de buen gusto. El comedor era espacioso y cuadrado, de perfectas proporciones, con el suelo de mármol, negro y

amarillo, oro y ébano; los murales de las paredes eran excelentes, aunque un poco exagerados, según la opinión conservadora de Hilel, y el techo de yeso estaba decorado con rosetas de oro y azul oscuro. El mobiliario –aparadores, mesas y sillas– seguía la moda oriental de acoplarse al ambiente, y era de oscuro ébano y teca, tallado y con incrustaciones de marfil. Aquí y allá se extendían brillantes alfombras persas, de complicado dibujo y delicada manufactura. Una fresca brisa corría entre las columnas del pórtico, trayendo puros aromas del campo. Las campanas de los templos paganos dedicados a Serapis, Juno, Afrodita y otros dioses y diosas del panteón romano, griego y oriental, empezaron a sonar suavemente, como si lucharan por las notas más armoniosas, pero se unieran a fin de crear un fondo musical de sonos dulces y nostálgicos.

David, hermano de Débora (en opinión de Hilel, que podía ser muy duro en ocasiones), era «afeminado, ridículo, presuntuoso y una parodia de elegancia». Tenía cuatro años más que su hermana, y estaba casado con una muchacha romana de noble familia. Vivía más en Roma que en Jerusalén, y se definía a sí mismo como «un judío emancipado, el nuevo judío». Era amigo íntimo de Herodes, y asiduo en la corte, y muy rico. Tenía buenos modales y era guapo, con el mismo cabello y ojos de Débora, de cutis claro, con una nariz griega de la que se sentía no poco orgulloso, y la barbilla hendida, y su figura era otra fuente de orgullo para él, ya que era alto y esbelto. También era demasiado pesado, según Hilel, y olía como una mujer, y llevaba demasiados anillos en los dedos, largos y delicados. Un complicado collar egipcio le colgaba del cuello, brazaletes de gemas adornaban sus brazos, un pendiente enjorjaba en una de sus orejas, y su toga era de la seda más blanca y suave, bordada en oro. Hasta sus sandalias brillaban.

Hilel siempre se planteaba si no debería despreciarle, como decadente traidor a su raza y a su Dios, pero David era tan encantador, divertido e incluso tan erudito, que invariablemente, y sin poder evitarlo, se dejaba seducir y apreciaba sus poco frecuentes visitas. David, desde luego, era sádico, y por tanto peor incluso que un pagano, pero era muy letrado, tanto en su terreno al discutir la Torá, Filón, Eurípides, Sófocles, Virgilio u Homero, como al hablar de los últimos escándalos de Roma y Jerusalén, Alejandría y Atenas, o de la política, la poesía, la ciencia, el mercado de valores, el estado del dracma y del sestercio, la nueva favorita de César Augusto, los juegos augustales en Roma, los rumores del Palatino, la arquitectura, la arqueología, el comercio y la religión en todas sus formas, por no mencionar las últimas modas en el vestir, comer y divertirse.

Una o dos veces, por exasperación ante tanta dulzura y urbanidad, Hilel, el más amable de los hombres, había intentado provocarle, pero David jamás abandonaba su pose —si es que era una pose— de hombre totalmente civilizado. Nunca se impondría a su mujer, pensaba Hilel con poca amabilidad, si ella no estaba dispuesta, ni pelearía de modo vulgar con un comerciante, ni discutiría con un corredor, o se rascaría la nariz o el trasero, aunque no ponía objeciones a una historia picante y podía insinuar diversas perversidades en la conducta de amigos y conocidos.

El rabino Isaac, su viejo amigo fariseo, parecía muy triste esa noche, sentado a la derecha de Hilel, y lanzando miradas de enojo alternativamente a Débora, que se limitaba a ignorarlo, y más enojadas aún al perfumado David. Agitaba la mano, cuando hablaba este con su acento musical y culto —en griego, por supuesto—, como si alejara una nube de mosquitos, y emitía groseros sonidos al masticar y beber el vino. («Un auténtico cerdo», pensó Débora, sin caridad alguna.)